

En una palabra, el *Companion* presenta un tratamiento pormenorizado y erudito de problemas medulares, y no sin eficacia. Investigadores y estudiantes de las literaturas y culturas antiguas apreciarán la experiencia de los colaboradores, la accesibilidad de sus capítulos, la magnitud del *status quaestionis* y las demás contribuciones valiosas, como la detallada bibliografía de fuentes y crítica. No obstante, resulta evidente que el énfasis ha recaído en la épica homérica, y en sus conexiones con las tradiciones orientales y contemporáneas. Nagy se refiere a la tradición latina de un modo somero que no hace completa justicia a la formidable obra virgiliana ni al *insignem pietate virum* de la *Eneida*, que en tantos sentidos se contrapone, complementa y revierte el paradigma heroico homérico. De Eneas, Nagy apenas apunta que puede ser descrito como una “amalgama de héroes épicos anteriores”, con trazos de la poesía de Calímaco y Apolonio, omitiendo un desarrollo adecuado del argumento.

Las analogías con las tradiciones orales contemporáneas pueden ofrecer, y efectivamente ofrecen, productivas sugerencias. Pero la asimilación de dichas prácticas con la experiencia épica antigua no puede ser un procedimiento valedero. De la misma manera, en la reconstrucción de las teorías antiguas sobre los géneros y la épica en particular no se puede acatar sin apelación la *auctoritas* aristotélica: en el aporte de Martin sobre la problemática del género, es notoria la omisión de toda referencia a Quintiliano, quien en el libro X de su *Institutio Oratoria* revisa la tradición poética griega y latina, y considera épicos obras y autores (singularmente, Hesíodo, X, 1, 52-53) omitidos por Aristóteles. Esto arroja luz sobre el carácter normativo del primer canon occidental, que tanto ha gravitado, y continúa gravitando, sobre nuestros conceptos de literatura y épica.

Román FACUNDO ESPINO

Universidad Nacional del Sur (Argentina)

B. REYES CORIA, *Límites de la retórica clásica*, México, UNAM, 2004, 176 págs. ISBN: 970-32-2141-6.

La lectura de unos versos de Homero (*Il.* IX 442-3) hizo recapacitar al autor y retrotraer el género de la retórica algunos siglos antes. El texto en el que habla Fénix, preceptor de Aquiles, dice que Peleo le había mandado que le enseñara “a ser orador de discursos y hacedor de trabajos”. Con ello Reyes Coria nos quiere mostrar a Fénix como un rétor, al estilo de los posteriores Córax, Tisias o Gorgias, que, en verdad, son tenidos como maestros de oratoria, pero también como preceptores teóricos de elocuencia. Quizá será bueno plantearnos la definición de Retórica, porque pienso que ella nos ayudará a limitar el concepto del término y aplicarlo debidamente. Azante-Casas en su *Manual de Retórica Española* (Ariel,

Barcelona 1997) la definen como “la técnica de expresarse de manera adecuada para lograr la persuasión del destinatario” (p. 9), con base en el *ars bene dicendi* de Quintiliano (*IO* II 34). Más adelante, a propósito del método de aprendizaje, expresan tres procesos complementarios: “El estudio de los preceptos, la imitación de los modelos y la praxis personal”, que son los que sugiere el autor de la *Rhetorica ad Herennium* (I 2, 3). En la página siguiente nos dicen: “La retórica se organiza como un complejo sistema de reglas y recursos que actúan en distintos niveles en la construcción del texto”. Si *ars*, como define Lausberg (*Manual de Retórica Literaria*, Gredos, Madrid 1966, trad. de Pérez Riesco), es un sistema de reglas, extraídas de la experiencia, pero pensadas después lógicamente, que nos enseñan la manera de realizar una acción tendente a su perfeccionamiento y repetible a voluntad ¿podríamos pensar que Fénix es *artifex* de la Retórica? Es posible, teóricamente hablando; pero no tenemos noticias ni fundamento suficiente para poder lanzar tal afirmación. Más bien hay que creer que podía tener ciertas cualidades en palabras y hechos logradas por su experiencia y que podían ser enseñadas a los jóvenes. Es la tradición: los mayores enseñan sus experiencias a los más jóvenes sin que para ello medie un sistema de reglas para lograr combinar adecuadamente los elementos lexicales de una lengua.

Por ninguno de los autores antiguos son considerados rétores Demóstenes, Pericles o cualquiera de los oradores excelentes que ha dado la oratoria griega antigua. Tampoco sabemos si Quintiliano fue un gran orador; sí sabemos que fue un retórico excelso. Quiero con ello decir que, si bien oratoria y retórica son dos partes de un todo, tienen ambas entidad propia y limitación de campos: la una es práctica, la otra teórica, respectivamente. Es curioso que Homero, profundo conocedor del léxico, no use el término ῥητωρικὴ, ni siquiera ῥήτωρ, que son invenciones del siglo V a.C., y si son de ese siglo es porque en él se inventa el “arte de bien decir” (Homero sólo emplea, y en la cita reseñada arriba, el término ῥήτηρ, que es un ἅπαξ λεγόμενον).

Por otra parte, en la página 18 del libro que recensionamos aparece una aparente, al menos, contradicción a lo que se ha sostenido antes. Se dice aquí que el objeto de la retórica “no es persuadir sino enseñar los medios para hacerlo..., enseña a persuadir”. Por lo que deduzco que, aunque insiste en Homero como creador de la Retórica, “especialmente en los discursos del canto IX” (p. 21), creo que no aclara debidamente los límites y diferencias entre Retórica y Oratoria y hace intercambiables términos como retórica, oratoria y elocuencia en ejemplos de Cicerón y Quintiliano (*id.*).

Otro asunto bien distinto es que la Retórica, como otras muchas ciencias teóricas, léanse Gramática, Métrica, etc., se haya estructurado sobre discursos preexistentes, entre los que están, sin duda, los de Homero. Que se puedan sacar ejemplos de discursos que sirvan de modelo a partes o elementos retóricos no quiere decir que ellos en sí sean Retórica.

Un tanto chocante me parece la afirmación de que los discursos de los embajadores a Aquiles (*Il. IX*) “no están para persuadir, sino para no persuadir, e incluso para enseñar el arte de la palabra” (p. 23). Chocante y paradójica, porque, si van a ver a Aquiles, es para convencerlo de que vuelva a defender a los aqueos. Ésa es la misión que llevan los tres, Ulises, Ayante y Fénix, y para eso hablan. Parece como si Reyes Coria estuviera con la mente fija en el v. 443 que hemos citado al principio y ése le llevara a hacer de Fénix un rétor en toda la significación gorgiana del término. Quizá va demasiado lejos cuando interpreta τοῦνεκά με προέηκε como la petición de Peleo de que Fénix enseñara retórica a su hijo, aunque, como se reconoce, sea una mera conjetura el que “entonces había profesionales a quienes solicitar este tipo de servicio” (p. 36).

Más adelante (p. 123) al hablar de Mario Victorino dice: “El rétor es el que enseña la literatura y las artes de la elocuencia, y el orador, el que usa la elocuencia plena y perfecta en causas privadas y públicas...”; páginas después (p. 153), a propósito de Isidoro de Sevilla y sobre la diferencia entre retórica y gramática, dice: “En la Retórica percibimos de qué modo expresar lo que aprendemos”. De lo que puede deducirse la contradicción con lo expresado más arriba.

El libro puede estructurarse en tres partes, la primera y la tercera convergentes en la figura central de Cicerón. La primera se ocupa de los precursores de Cicerón: de Homero (parte fundamental de un artículo del propio autor, “Homero, maestro/estudiante de retórica...”, en el que aparecen las ideas que he expuesto y reseñado); de Córax, Tisias, Gorgias, Platón, Isócrates, Aristóteles y Hermágoras, con las aportaciones importantes, positivas y negativas, de cada uno al campo retórico.

Tras un breve estudio de Cornificio (léase *Retórica a Herenio*), pasa a estudiar las aportaciones que hace Cicerón en el campo de la Retórica o *Eloquentia*, como él la llama. Son treinta y siete páginas en las que desmenuza someramente el concepto de *eloquentia* ciceroniana, tras pasar revista a los tratados diversos del arpinate que tratan del tema: *De inuentione*, *De oratore*, *Partitiones oratoriae*, *Brutus* y *Orator*, más alguna cita de otra obra, con los conceptos cambiantes que el autor ve en la evolución retórica de Cicerón y deteniéndose casi minuciosamente en *Partitiones oratoriae*.

Antes ha enunciado, bajo el nombre de Cornificio, el argumento y partes retóricas de la *Retórica a Herenio*. Después vendrán los sucesores de Cicerón: Quintiliano, que recibe, como es de esperar, un trato más importante que el resto por ser “el gran organizador de la retórica”, la *ars/scientia bene dicendi* (*IO* II 34 y 38). Luego serán Fortunaciano, Agustín, Victorino, Sulpicio Victor, Severiano, C. J. Victor (que merece más de dos páginas), Grilio, M. Capela (cinco páginas le dedica), Boecio, Casiodoro, Isidoro y Albino o Alcuino, que forman la pléyade de rétores latinos desde el siglo III al VIII de Nuestra Era: todos ellos, a excepción de

Boecio, de cuyas obras retóricas se ocupó Migne, están editados en *RLM (Rhetores Latini Minores)* por K. Halm, Leipzig 1863, pp. 81-606.

Termina con una conclusión en la que de nuevo la retórica antigua es definida como “ciencia, arte, disciplina, facultad, doctrina o virtud, un conglomerado de normas artificiales...” (p. 165), que poco tienen que ver con la explicación retórica de Homero que hace al comienzo de la obra. En la conclusión el autor apoya aquellos tres aspectos que Cicerón resumía en “enseñar, deleitar y mover todo con palabras ordenadas y mediante el ejemplo de vida” (p. 166). Le sigue una bibliografía de autores antiguos y modernos y un índice con la expresión de los capítulos.

No quisiera terminar la reseña sin hacer mención de algunos términos que me han llamado la atención. En la pág. 71 aparece la palabra ‘invenidor’ para traducir *inventor*, palabra no recogida en los diccionarios consultados, si bien dan entrada a ‘invenir’.

Las transcripciones no se hacen conforme a la tradición española, ‘curetos’ (p. 23) por ‘curetes’, ‘Calcas’ (p.83) por ‘Calcante’, ‘Ayax’ (p.31) por ‘Ayante’. Valga la ambivalencia transcriptiva de Aquiles/Aquileo, Ulises/Odisseo, ya se haga directamente del griego, ya a través de las formas que el latín ha proporcionado. ‘Leontini’ (pp. 39 y 43) conviene españolizarlo como hacemos con Atenas, Delfos, Tebas, y hacer ‘Leontinos’, que tal debe ser la transcripción española de los plurales griegos. Por el contrario, evitemos las formas galicistas Lemnos y similares.

Por otro lado alabo el mantenimiento de ‘arte’ como femenino: “el arte retórica” frente a expresiones en las que el artículo y la terminación neutra en *-e* hacen que se le añadan adjetivos masculinos: el arte barroco, moderno, etc. ¿No tenemos en España una obra cuyo título es *Arte cisoria*?

José M<sup>a</sup>. MARCOS PÉREZ  
Universidad de Valladolid

CONSUELO RUIZ MONTERO, *La novela griega*, Madrid, Editorial Síntesis, 2006, 237 págs. ISBN: 978-84-9756-450-2.

Siempre resulta una grata sorpresa encontrar una monografía dedicada a la novela griega, ya que si bien la novela es la forma literaria que goza de mayor difusión y cultivo en la época actual, no siempre se recuerda que su germen se encuentra también en la Antigüedad clásica y que forma parte, aunque tardía, del legado que griegos y romanos nos entregaron.